

Elsa Rodríguez Brondo

POLÍTICAS DE LA MEMORIA
EN SAER, BOLAÑO Y AGUILAR MORA
UNA LECTURA BENJAMINIANA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México, 2017

ÍNDICE

Apostilla	5
Introducción	9
Literatura, historia y decisiones en <i>El entenado</i> de Juan José Saer	41
Fragmentos para una lectura de <i>Nocturno de Chile</i> de Roberto Bolaño	71
La primera persona como resistencia: <i>Una muerte sencilla, justa, eterna</i> de Jorge Aguilar Mora	127
A modo de conclusión	155
Bibliografía	159

APOSTILLA

En el año 2000 recibí la generosa invitación de Esther Cohen para formar parte como becaria del seminario *Lecciones de extranjería* y luego de los proyectos PAPIIT, *Memoria y escritura* y *Políticas de la memoria* de Esther Cohen y Ana María Martínez de la Escalera, y en los proyectos PAPIIT de Esther Cohen, *La modernidad del pensamiento crítico y político de Walter Benjamin* y *El pensamiento crítico de Walter Benjamin. Afinidades en tiempos de oscuridad*.

En esos espacios privilegiados de libertad crítica he conocido diversos autores, pero desde el primer trabajo que presenté en el seminario *Lecciones de extranjería*, el pensamiento del filósofo alemán Walter Benjamin (Berlín, 1892-Port Bou, 1940) se impuso. Descubrí en él al observador del mundo, al salteador de la experiencia, al crítico del progreso, coleccionista de libros para niños y juguetes, amante de la literatura y el cine; confabulador de un presente dispuesto a la iluminación profana, al desánimo y la melancolía; y al creativo que puso en práctica diversos modos del discurso: riguroso y sistemático; fragmentario y lúdico; y, en ocasiones, una afortunada combinación de estos y otros modos.

En la lectura del presente libro, se observará la repetición de citas e ideas benjaminianas. Esto no quiere decir

de ningún modo que su vasto pensamiento se encierre en mi obsesión por pasajes puntuales de sus *Tesis sobre la historia*, publicadas después de su muerte en 1940. Me hago responsable de la reiteración de ciertas ideas de Benjamin y una del francés Jacques Derrida —benjaminiana, por cierto— que, en mi opinión, aparecen en los tres autores que he analizado de maneras particulares.

Las tres obras que conforman el panorama de políticas de la memoria de este libro: *El entenado* (1983) de Juan José Saer, *Nocturno de Chile* (2000) de Roberto Bolaño y *Una muerte sencilla, justa, eterna* (1990) de Jorge Aguilar Mora fueron seleccionadas, en primer lugar, con base en una afinidad personal, porque encuentro en ellas el deslumbramiento de una literatura valiosa; en segundo lugar, creo que abordan el problema de la memoria histórica en la literatura, no como contexto, sino como punto de partida para una reflexión personal acerca del estado del mundo y de lamentables circunstancias latinoamericanas; y, en tercer lugar, constituyen para mí una apuesta de responsabilidad ética que se asume desde la literatura, frente a la condición del hombre, la cultura y la política. Sin embargo, estos rasgos comunes no constituyen el deseo de confinarlas en un cajón, sino de permitir que cada una, desde su unicidad y decisiones éticas y estéticas particulares, ilumine mis propias preocupaciones acerca de la cultura y sociedad, que son una misma cosa en la literatura.

Todo lo anterior intenta explicar desde dónde parte este libro. En la introducción se encuentra el desarrollo teórico y la perspectiva personal sobre las políticas de la memoria en la literatura, pero no hallarán más allá de la introducción el desarrollo equilibrado de un texto universitario. Creo

que el discurso académico puede ser abordado desde diversos lugares y formas. Las maneras de aproximarme a este discurso, que he aprendido y puesto en marcha, son el resultado de todos estos años en los que me ha sido posible desarrollar una escritura reflexiva con libertad, responsabilidad y ánimo de experimentación. En este último sentido, cada uno de los apartados de este libro intenta tratar el tema, al autor y la obra de manera particular.¹ Cada uno tiene una extensión y estructura diferente y cada uno tiene su propia conclusión.

¹ A la manera de emprender este trabajo de investigación me atrevería llamarla ensayo desde la definición de Max Bense: “[El ensayo es] la forma crítica *par excellence*, [...] el que critica tiene necesariamente que experimentar, tiene que establecer condiciones bajo las cuales se hace de nuevo visible un objeto en forma diversa que en un autor dado; y ante todo, hay que poner a prueba, ensayar la ilusoriedad y caducidad del objeto” (Bense citado por Adorno, p. 30. Ver bibliografía de la “Introducción”).

INTRODUCCIÓN

Desde que en 1981 Ángel Rama publicara *Novísimos narradores hispanoamericanos en "Marcha", 1964-1980*, usando por primera vez el término Nueva Novela Histórica de Latinoamérica, se han escrito un número importante de estudios críticos¹ que ubican desde las últimas décadas del siglo xx una nueva forma de relatar la historia en la narrativa de nuestro continente. Algunos de ellos adoptan la misma nomenclatura (Seymour Menton, Fernando Ainsa, Juan José Barrientos), otros proponen etiquetas como Novela Histórica en la Narrativa Hispánica Posmodernista (Amalia Pulgarín Cuadrado) o Novela Histórica de Fin de Siglo (Cristina Pons). De la misma forma, el *corpus* que contemplan dichos estudios distingue variables dependiendo de la postura de sus autores frente a lo que consideran materia de la historia. Narradores como Alejo Carpentier (*El reino de este mundo*), Reinaldo Arenas (*El mundo alucinante*), Carlos Fuentes (*Terra Nostra*, *Gringo*

¹ Del tema han escrito autores como Seymour Menton, Amalia Pulgarín, Noé Jitrik, Fernando Ainsa, Nial Binns, Gustavo Cobo Borda, Carlos García Gual, Carlos Martínez, Tomás Eloy Martínez, Carmen Perilli, María Cristina Pons, Laura Serrano de Santos, Juan José Barrientos y Lois Parkinson Zamora, entre otros.

viejo), Gabriel García Márquez (*El general en su laberinto*), Fernando del Paso (*Noticias del imperio*), Juan José Saer (*El entenado*), César Aira (*Moreira*), Augusto Roa Bastos (*Vigilia del almirante*), Mario Vargas Llosa (*La guerra del fin del mundo*) y Saúl Ibargoyen (*Noche de espadas*) forman parte del canon, seguidos de una numerosa lista. Las obras de éstos y otros autores parecen dar continuidad a la novela histórica latinoamericana del siglo XIX que tuvo como aliento la búsqueda, la constatación y el reconocimiento de las identidades nacionales con rasgos del romanticismo y del positivismo histórico europeo;² sin embargo, a diferencia de aquellas, estas obras de nuestra narrativa hablan desde la reflexión de realidades recientes (dictaduras, revoluciones) y, por otro lado, desde la deconstrucción³ de momentos de la historia que forman parte de nuestra herencia (conquista, época colonial, independencia, construcción de naciones).

² Algunos títulos: *Guatimozín* (1846) de Gertrudis Gómez de Avellaneda (Cuba), *Enriquillo* (1879-1882) de Manuel de Jesús Galván (Rep. Dominicana), *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891) de Manuel Payno (México).

³ Deconstrucción es una noción derrideana que usaremos teóricamente en este trabajo y que en los últimos años ha conservado su escritura francesa para distinguirla de *desconstrucción*, que sería su literal traducción. Dice Derrida con respecto a la deconstrucción: “Desconstrucción’ [...] significaba una cierta atención a las **estructuras**. [...] Se trataba de deshacer, de descomponer, de desedimentar estructuras (todo tipo de estructuras, lingüísticas, ‘logocéntricas’, ‘fonocéntricas’, [...] *socio-institucionales, políticas, culturales* y, ante todo y sobre todo, filosóficas)” [el énfasis es mío] (cfr. Derrida, 1997, pp. 24-25).

Sin un afán de linealidad y veracidad, característico de la narrativa histórica y naturalista del siglo XIX, y de novelas que fueron publicadas en las primeras décadas del siglo XX,⁴ esta narrativa interpreta nuestros acervos históricos desde diversas perspectivas que se alejan, en algunos casos, de los grandes relatos o de la manera en que éstos fueron contados. Es decir, hay una nueva relación entre la narrativa y la historia que se plantea desde un contexto distinto (muerte y reconstrucción de ideologías, dictaduras, globalización, nuevas democracias, países emergentes); desde un planteamiento estilístico diferente (inclusión de recursos literarios contemporáneos: monólogo interior, intertextualidad, dialogismo, parodia, ironía y metaficción) y desde una perspectiva que no es la que se cultivó en la novelística de los países latinoamericanos en el siglo XIX. Debemos observar, sin embargo, que desde una posición historicista estas obras forman parte de un devenir, no precisamente rectilíneo,⁵ que comienza con la publicación de *Jicoténcatl* (1826), la primera novela histórica de América Latina atribuida al poeta cubano José María Heredia.⁶

⁴ Recordemos la novela de la Revolución Mexicana, por ejemplo.

⁵ Foucault señalaba que los académicos, entre ellos los ingleses, se equivocaban “al describir génesis lineales [...] como si las palabras hubiesen guardado su sentido, los deseos su dirección, las ideas su lógica: como si este mundo de cosas dichas y queridas no hubiese conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias. De ahí la necesidad, para la genealogía, de una indispensable cautela: localizar la singularidad de los acontecimientos, fuera de toda finalidad monótona” (Foucault, 1992b, p. 7).

⁶ Cfr. González Acosta, 1997, pp. 119-196.